

«CONOCERÉIS LA VERDAD Y LA VERDAD OS HARÁ LIBRES» (Jn 8,32)

Una historia que continúa

Lección

de Fabio Colombo

¡Buenos días! ¡Bienvenidos y bien hallados! Espero que hayáis “sobrevivido” a la introducción de anoche y me atrevo a esperar que os haya sido útil, que haya empezado a despertar del sueño a vuestra razón si es que en algún caso estaba un poco entumecida; a despertar el tono muscular de vuestra libertad, si es que estaba un poco decaída; a hacer latir el corazón tal como él “exige”, si es que se había quedado un poco esclerotizado; a despejar un poco la niebla de nuestros pensamientos y, sobre todo, a suscitaros más hambre y sed de adentraros en este Triduo, porque hoy, entre esta meditación matutina y el gesto imponente del *Via Crucis* esta tarde, encontraremos agua y alimento en abundancia. Puede que anoche estuviéramos todavía un poco fuera del campo, entre el túnel de vestuarios, el banquillo y los ejercicios de calentamiento, ¡pero hoy ya salimos al campo a jugar el gran partido!

También espero que anoche en los autobuses y en el hotel os ayudarais a mantener el silencio, a favorecer el diálogo y la iniciativa que el Misterio ha tomado con cada uno de vosotros, conservando en vuestro corazón preguntas e intuiciones que hayan surgido (que podremos compartir esta noche en el hotel cuando lo retomemos y mañana por la mañana en la asamblea), y por último espero que hayáis tenido un descanso reparador, que no os hayáis quedado hasta tarde con el móvil porque el buen Dios creó la noche para dormir en santa paz después de haber recorrido toda la jornada contemplando los signos de la salvación, de su Presencia (ciertos rostros encontrados, ciertas intuiciones, el propio deseo de cambiar y de conversión, una visita gratuita, la caritativa, el perdón del Padre en el sacramento de la Reconciliación, por ejemplo); tan pacificador como es rezar Completas, con el Cántico de Simeón: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel»¹; quizás algunos se hayan dormido alegres, por fin alegres, inesperadamente alegres, como un niño en brazos de su madre, de la Santa Madre Iglesia, al reconocerse parte de un pueblo y de un Cuerpo, de esta historia que hoy nos sigue abrazando.

Esta mañana me gustaría dividir el tiempo, *κρόνος*, que tenemos en dos tiempos, *καιρός*, que reflejan las dos partes del tema que abordamos en este Triduo.

Así que, fuerza y ánimo, que aquí no estamos contando cuentos: «Jesucristo, hija mía, no vino a nosotros para contarnos frivolidades. / Ya comprendes que no hizo el viaje a la tierra, / Un gran viaje, entre nosotros, [...] Él no bajó a la tierra / Para contarnos chistes / Ni gracias»². Jesús respondió a Pilato: «“Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato le dijo: “Y ¿qué es la verdad?”»³. Pilato Lo tenía delante, pero estaba ocupado en otras “prioridades” ... »

¹ Cf. Lc 2, 29-32.

² Ch. Péguy, *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2011, p. 282.

³ Jn 18,37-38.

»

Primer tiempo - «Conoceréis la verdad»

1. La pérdida del gusto de vivir

Me gustaría empezar leyendo un poema de Cesare Pavese, gran escritor, poeta, traductor y crítico literario italiano que con sus textos expresaba la experiencia de toda su vida, el drama de su existencia, que no se le ahorró, y por eso lo percibimos tan afín a nosotros. Luego nos adentraremos en el tema de este Triduo, en la *dinámica del conocer*; es decir, en la posibilidad de ser alcanzados y poseídos por la verdad; y en el segundo tiempo, después de tres cantos, veremos cuál es su “efecto”: *hacernos libres*.

Como no hemos tenido tiempo y tampoco es este el lugar, os daré solo a grandes rasgos, por contextualizar, algunos datos de la breve existencia (42 años) de Cesare Pavese, que nace en 1908, en una familia acomodada de Turín, pierde muy pronto a su padre y vive de pequeño la catástrofe de la Primera Guerra Mundial. Dos de sus amigos, unos chavales como él, se suicidan, y él también se lo plantea desde su juventud. De hecho, el 28 de agosto de 1950 se quitará la vida. Pero algo chirría porque ese año Pavese se consagró como un gran escritor, recibió el Premio Strega un mes antes, el 14 de julio de 1950. Sin embargo, escribe: «He regresado de Roma hace poco. En Roma, apoteosis. ¿Y qué?»⁴.

El 22 de marzo de 1950, justo unos meses antes, había compuesto el poema *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*:

«Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo. Tus ojos [la mirada de quien nos rodea, de nuestros amigos, padres,
profesores, hermanos, la televisión, las redes sociales...]
serán una vana palabra, [como una película muda, hablan, mueven la boca, pero es como
si yo fuera sordo, son como un rumor de fondo que no se oye, no nos alcanza, son solo
sonidos vacíos...]
un grito acallado, un silencio. [todo se mueve alrededor, pero nada es acogido ni intercep-
tado, evitamos el impacto, el golpe de la realidad haría estallar un grito pero se apaga en el
silencio... en cambio, todo calla]

Así los ves cada mañana
cuando sola sobre ti misma te inclinas [cuando te preparas para salir, te preparas por fuera,
pero por dentro... ¿cómo está el corazón, qué preguntas lo habitan? ¿Alguien lo tomará en
serio? ¿Hallará reposo?]
en el espejo. Oh querida esperanza, [un anhelo, queda un destello... pero se va apagando]
también ese día sabremos nosotros
que eres la vida y eres la nada. [¡trágica conclusión!]
Para todos tiene la muerte una mirada.

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como abandonar un vicio,
como contemplar en el espejo
el resurgir de un rostro muerto,
como escuchar unos labios cerrados.
Mudos, descenderemos en el remolino»⁵.

»

⁴ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.

⁵ C. Pavese, *Verrà la morte e avrà i tuoi occhi*, Einaudi, Turín 1951, p. 29.

» Lo que estamos diciendo esta mañana –como veis– no es *hablar por hablar*, ni algo que ya estamos hartos de oír. Algunos de vosotros habláis en las aportaciones que habéis enviado de estudiantes, compañeros de clase o vecinos que se han quitado la vida o al menos lo han pensado. No hace mucho tiempo salió en la prensa la noticia de una chica que apareció ahorcada en los baños de la universidad en Milán. Como veis, si las preguntas de anoche no encontrarán respuesta, si no tuvieran un punto de apoyo, nunca llegarían a puerto, los hombres así no podrían vivir, ¡literalmente! Una de vosotros me contaba por teléfono que un amigo suyo no sabía si apuntarse o no al Triduo porque lo que él quiere son respuestas reales, puntuales y concretas, no “darle vueltas”, no “mantener abierta” la pregunta; ¡a nosotros la respuesta nos interesa tanto como la pregunta! Claro que no nos interesan respuestas añadidas a la realidad o prefabricadas, ni tampoco preguntas artificiosas. Pero si nunca tuviéramos una respuesta real y no verificásemos su pertinencia y conveniencia en nuestra vida, nos arrastraríamos por la existencia ahogando nuestro ser tal vez entre cañas (erróneamente, ¡sin darnos cuenta de la gravedad y el daño que nos hace!), entre copas (como hacen todos porque “total, da igual, venga”), entre una relación y otra (explotando y usando a las personas como instrumentos para mi bienestar, y no como alguien a quien amar, honrar y respetar), saltando de una emoción a otra (sin pasar por la razón y el corazón, sin juzgar lo que sentimos), llevando una vida que en realidad es como dejarse llevar por una lenta agonía. Porque, a pesar del instinto biológico de autoconservación, el hombre es ese nivel de la naturaleza que toma conciencia de sí mismo y de la realidad, y si no aferra el significado, si la vida no tiene significado, no es vida, ¿qué clase de vida es? ¿Cómo se puede vivir dejando a un lado las grandes preguntas que la vida plantea? Cuando la razón, siendo la exigencia inextirpable de una respuesta, se queda bloqueada en su dinamismo cognoscitivo, como si sufriera una enfermedad autoinmune, acaba pensando que «eres la vida y eres la nada», que hasta los ojos de la amada o del amigo son «nada», que las palabras son «vanas palabras», y que esa «esperanza», que tal vez había brotado de esa misma realidad, no cumple su promesa y entonces todo se vuelve resignación, desesperación, ¿y qué es lo que queda? Solo enmudecer y caer en silencio en la vorágine, en esa vorágine donde en realidad ya estábamos. La enfermedad espiritual de estas dos décadas, queridos amigos, es justamente la pérdida del gusto de vivir, del significado de la vida como decíamos anoche, pero no porque uno no se divierta, no viaje, no haga deporte, no gane dinero o no vaya a conciertos... sino porque no conoce el significado de vivir y se deja llevar de una diversión a otra, que sirven como anestésicos, como cuando se acaba una fiesta y vuelves aplastado y apagado... exactamente igual que antes de ese mordisco de “vida”, en una existencia que discurre lenta y sin objetivos. ¿Pero qué clase de vida es esa?

Escribe uno de vosotros:

Estoy en un momento un poco extraño de mi vida. Estoy saliendo de un periodo “plano”, apático, donde nada me sorprendía ni yo me dejaba sorprender. Ni siquiera era consciente de estar vivo. Levantarme era siempre una lucha, en clase todo era monótono, hasta con mis amigos; no sentía nada, todo me parecía indiferente e insignificante. Durante un tiempo he puesto en pausa todo y a todos, me causaba menos problemas e inconvenientes. Sabía que me estaba equivocando y me lo repetía de vez en cuando, pero la verdad es que todo era más cómodo: sin enfadarme, sin pasarlo mal por las cosas que suceden, sin tristeza ni insatisfacción. Resumiendo, sin sentir nada, como un robot. Ahora me pasa lo contrario. No sé muy bien qué ha pasado, pero me han hecho entender que la vida no se puede poner en pausa, y además es imposible, y que hay que vivirla de la forma más verdadera y viva. Ahora siento la necesidad de completar algo. Vivo a la espera. Hay un vacío (la espera) que llenar continuamente pero es infinito y cuando crees que lo has llenado se genera una vorágine aún más profunda que antes porque al final el ser humano siempre quiere más. Es algo que crece y crece continuamente. El deseo aumenta y casi te aplasta. Espero algo que no sé qué es, »

» *tal vez Alguien. Todo esto me deja una sensación de vacío, como si me faltara algo, que se transforma en un ansia constante que me persigue.*

Lo que vamos a decir ahora, lo que estamos diciendo, aunque en los próximos minutos pueda parecer complejo (pero sois mayores y os miramos valorando vuestra inteligencia y vuestro deseo de entender, de adentraros cada vez más en la vida, con toda su complejidad)⁶ es utilísimo, sirve de ayuda y de apoyo en el camino que estáis llamados a recorrer porque lo que nos interesa (¡creo que os interesa mucho!) es vivir, ¡no sobrevivir! Tenemos que ayudarnos a reflexionar, a parar un momento, a pensar y aprender: *¡intellectus cogitabundus initium est omnis boni*, como le gustaba decir al Gius!⁷

2. La dinámica del conocimiento: de las cosas reales a las más reales (*a realibus ad realiora*)

Nos adentramos ahora en la dinámica del conocimiento, es decir, en el acontecimiento del encuentro entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, entre la realidad y yo, entre el micrófono y yo, entre tu amigo y tú; tendremos tiempo durante el año para trabajar en ello, para profundizar en este capítulo de la existencia en el trabajo que haremos en Escuela de comunidad con *El sentido religioso*⁸; no hay nada, en mi modesta opinión no hay nada más útil que *El sentido religioso* para sentar las bases, para comprender la gramática, no puede ser que otros adultos os den la gramática ya masticada. Hay que aprender el abecedario personalmente para aprender a escribir. Ahora vamos a repasar ciertos rasgos que nos interesan en nuestro camino.

La realidad no es plana ni muda, sino que tiene “tres dimensiones” y “una voz dentro”, ¡un punto de fuga! Decir que es nada, como hacen los nihilistas, sería una aporía. Quiero empezar así. ¡La realidad existe! ¡Y es signo! Nuestra razón, que nos diferencia del resto de seres creados en el mundo mineral, vegetal y animal, nuestro intelecto está hecho para penetrar en la realidad (*intus-legere*, leer por dentro), para indagar, para investigar hasta donde ella nos conduzca (como un investigador que recoge indicios y reconstruye la escena hasta identificar al autor del crimen; o como un médico que, a raíz de los síntomas, formula una hipótesis de diagnóstico y tratamiento para el paciente); este es el dinamismo que traicionamos, frenándolo o desaprovechando todo su potencial. La razón es exigencia de conocimiento, de comprensión y de conciencia de la realidad en la totalidad (!) de sus factores, el conocimiento se puede describir como un encuentro entre nuestra energía humana de conocimiento y la realidad por conocer...⁹ ¡la realidad se nos da como un gran, inmenso regalo de *Alguien* que se comunica con *alguien*! Si aquí hay un vaso es porque alguien lo ha puesto; entonces el dinamismo de la razón me lleva a preguntarme: «¿pero quién lo ha puesto aquí?», y a dar gracias a quien ha tenido la cortesía y la gentileza de ponerlo aquí. Si aquí hay un vaso, evidentemente es porque alguien lo ha puesto, de tal modo que cuando mi razón lo ve se pregunta: ¿pero quién lo ha puesto? Por tanto, el dato “dado” remite al “dador”, el don remite al donante.

Fijaos en lo que dice Soloviev, filósofo, teólogo, poeta y crítico literario ruso: «Me he negado a creer en este mundo ilusorio. Bajo la ruda corteza del ser material, he podido tocar el pórvido inmarcesible y reconocer el esplendor de lo divino. [...] Lo vi todo, y todo lo hacía »

⁶ «Al menos potencialmente, la educación debe tender a introducir al hombre en la realidad total» (L. Giussani, *Introduzione alla realtà totale. Il rischio educativo*, suppl. a *Litterae Communionis-Tracce*, n. 4/2006, p. 5). «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero de juzgar las cosas que os voy a decir» (L. Giussani, *Educare es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2012, p. 19).

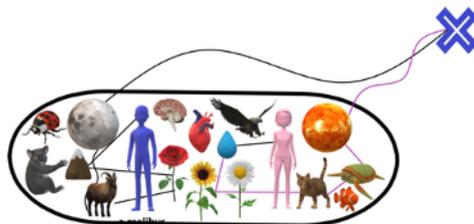
⁷ Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 146.

⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023.

⁹ C. Di Martino, *Conocer es siempre un acontecimiento*, intervención en el Meeting de Rímimi de 2009.

» Uno»¹⁰. Pero hay otra perla igualmente luminosa que nos regala Pavel Florenski:

«El hecho de que en el mundo existiera lo *incógnito* no era, como yo lo entendía, una condición transitoria de mi mente que aún no lo había conocido todo, sino una peculiaridad sustancial del mundo. Lo ignoto es la vida del mundo. Mi deseo pues era conocer el mundo en último término ignoto sin violar su misterio, sino espiándolo. El símbolo era espiar el misterio. Mediante los símbolos, el misterio del mundo no queda oculto sino revelado en su verdadera sustancia, es decir, como misterio. La ropa no oculta sino que desvela un cuerpo espléndido y lo hace, entre otras cosas, de un modo aún más espléndido, revelándolo con su casto pudor. Por el contrario, un cuerpo descaradamente desnudo se cierra al conocimiento porque ha perdido la partida con el pudor, que constituye la misteriosa profundidad de la vida y la luz más honda. [...] Observando este fenómeno podemos ver que es solo la corteza de un noúmeno más profundo»¹¹.



En resumen, este es justamente el dinamismo de la razón: ¡*a realibus, ad realiora!*¹² ¡De las cosas reales a las aún más reales! Aún más reales, ¡no “irreales porque no se ven”, sino totalmente reales! Vuestros deseos no se tocan, no se huelen ni se ven, ¡pero son absolutamente reales! Si miráis a Seve o a Francesco y describís minuciosamente todos sus detalles externos, cuantificables y mensurables, si seccionáis su cuerpo (perdonad esta imagen un tanto macabra) encontraréis sus órganos internos pero no sus deseos, sus intuiciones, sus recuerdos, ¡pero podemos decir con certeza que entonces todo eso no es real, que nunca ha existido?... ¿Podéis decir que conocéis a Seve y a Francesco, que tenéis un conocimiento exhaustivo de ellos solo porque habéis revisado todos sus huesos y contado uno a uno sus cabellos? ¡Falta la parte más relevante! ¡Falta el yo, el alma humana! ¡¡Falta su yo!! ¡Sus deseos! Sus pensamientos –que misteriosamente viajan a través de “circuitos eléctricos”–, ¿dónde están? ¡No se pueden aferrar, no se pueden tocar, pero son absolutamente reales! Igual que el amor es invisible, ¡pero tan real! El alma humana es mucho más real que lo que el científicismo neopositivista intenta afirmar, ¡somos más que la materia de la que estamos hechos! Dice el papa Francisco: «Educar cristianamente es sacar adelante a los jóvenes y a los niños, en los valores humanos y en toda la realidad, y una de esas realidades es la trascendencia. Hoy existe la tendencia a un neopositivismo [...]. Pero eso no es introducir a los jóvenes y niños en la realidad total: falta la trascendencia, Para mí, la mayor crisis de la educación, desde la perspectiva cristiana, es esta cerrazón a la trascendencia. Estamos cerrados a la trascendencia»¹³.

3. Conocer es un acontecimiento

Don Gius sube ahora a la palestra. En su texto *Vivir la razón*, está hablando con un grupo de universitarios en 1996 –prestemos ahora mucha atención porque el título de este Triduo pone el acento en la dinámica del conocimiento, conoceréis la verdad–, mientras me escucháis podéis seguir lo que leo también en la pantalla: »

¹⁰ V.S. Soloviev, *Tre incontri*, en A. Asnaghi, *L'amante della sofia. Vita e pensiero di Vladimir Sergèevic Solov'ëv*, CENS, Cernusco sul Naviglio (MI) 1990, pp. 87-91.

¹¹ Pavel A. Florenskij, *Ai miei figli*, a cargo de N. Valenti, L. Zak, Mondadori, Milán 2009, p. 206.

¹² Viacheslav I. Ivanov, *A realibus ad realiora, Poesie e testi scelti*, Lipa, Roma 2018.

¹³ Francisco, *Discurso a los participantes en el Congreso mundial organizado por la Congregación de educación católica*, 21 de noviembre de 2015.

» «“Filosóficamente, es decir, desde el punto de vista de la razón, ¿cuál es la postura que distingue de todos los demás grupos al movimiento?”. ¿Qué postura diferente asumimos desde el punto de vista de la mirada, de la observación, de la razón?»¹⁴. Para nosotros, el punto crucial está en que «la realidad se hace evidente en la experiencia». Sigue diciendo Giussani: «Escribid esta frase, porque es capital. [...] La definición que acaba de dar es muy importante [...]. Lo que quería decir, ante todo, es: “Chicos, lo que nos importa es la realidad”. Si algo no es real, ¿qué nos importa?, ¿en qué nos afecta?; no nos puede servir de nada. Todo resulta evanescente, todo es lábil. En cambio, lo que importa es la realidad. ¡La realidad! No se trata de afirmar: “La realidad es la verdad”, cosa que carece de sentido; sino: “La realidad es el ámbito en el que subsiste la verdad”, es la figura con la que coincide la verdad. En resumen: es verdadero lo que es real, es real lo que es verdadero. Se pueden utilizar, sin hacer mucha filosofía, las palabras realidad y verdad. ¿Qué os parece? Esto es lo primero que subrayo. Por tanto, “verdad” para nosotros coincide con una “realidad”. Para quien no coincidiera, ¿qué le supondría? Que puede existir una verdad que no sea real. Pero, ¿qué quiere decir? ¿Dónde está? ¿Dónde se encuentra? ¿En los humos del subsuelo o en el espacio vacío?! La verdad es real. La palabra “real” indica algo que es “verdadero”. Tanto es así que las palabras “real” y “verdadero” pueden intercambiarse. Si es verdadero, existe; si no es verdadero, no existe. Si existe, es algo verdadero. [...] Verdadero y real tienen un enganche porque el uno conlleva al otro, implica al otro –o, dicho de un modo más simple, es el otro–. Cuando los niños preguntan: “¿Pero es verdad?” –tú les estás contando una historia, un cuento, una fábula, y ellos te preguntan: “¿Pero es verdad? ¿Pero es verdad de verdad?” (que es la fórmula del escepticismo entre los niños)– de alguna manera “contestan” y justifican lo que he indicado ahora: es la realidad lo que interesa, porque la verdad está en la realidad»¹⁵.

Aclarado este primer punto, prosigue don Gius:

«Una vez dicho esto de la realidad –la realidad es verdad–, hace falta proceder en la argumentación: ¿cómo se puede conocer la verdad, cómo se puede conocer la realidad? ¿Cómo hace un científico para conocer una estrella lejana que los antiguos no habían podido registrar? Solo los telescopios modernos pueden hacerla cercana, de manera que el científico la pueda estudiar: debe, por tanto, acercarla más. ¿Qué quiere decir acercar más una estrella lejanísima que para los antiguos, observadores más serios, habría sido algo no-existente? ¿Cómo consiguen hacerla existente y hablar de ella como si estuviera presente? ¿Cómo consiguen hacer presente una lejanía? Si ella, esta lejanía, entra en la experiencia. ¿Qué quiere decir que “entra” en la experiencia? Quiere decir que yo la veo como si fuera este vaso, como si fuera el amigo, como uno de los objetos que aferro en el conjunto de personas y cosas que aparece quién sabe de dónde y que va quién sabe a dónde, pero que en un determinado momento se hace evidente. [...] La realidad se pone a tiro como contenido de nuestra conciencia y de nuestra actividad, y nosotros la aferramos, en cuanto que entra en la experiencia, entra en el ámbito de nuestra experiencia. Por tanto, verdad y realidad se dan a conocer en la experiencia. Pero, ¿qué es la experiencia? Pensemos en el verbo que hemos utilizado antes: “La realidad se hace evidente en la experiencia”: en la experiencia se hace evidente lo que existe. Entonces, ¿qué es la experiencia? Se podría decir: “La experiencia coincide con el hacerse evidente de la realidad”»¹⁶.

¹⁴ Apuntes de una conversación de L. Giussani con un grupo de universitarios, Milán, 21 de junio de 1996 (Equipe del CLU), en *Litterae Communionis*, junio 1996.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

» Para terminar, el último paso se refiere precisamente a lo que más nos interesa: la posibilidad de conocer al buen Dios.

«Así pues, para dirigirse a Dios diciendo: “Dios del cielo y de la tierra”, uno debe tener ya experiencia de ello. [...] Si uno no se ha preguntado jamás: “La realidad, todo esto, ¿por qué existe?, ¿quién la ha hecho?”, si uno no se ha preguntado esto jamás es como un niño desvalido o como un analfabeto que intenta leer un texto. Así pues, este es nuestro método para aclarar el problema del sentido religioso del hombre –que es el problema más profundo y totalizador del hombre–: es necesario ante todo convertir en experiencia personal la relación entre el hombre y la realidad en cuanto esta es originada. Se trata de realidad solo si entra en la experiencia. Pero, ¿cómo hace Dios para entrar en tu experiencia?»¹⁷.

Conocer es un acontecimiento, es decir, un hecho que se introduce como factor de novedad en aquel que está conociendo algo: antes no sabía, ¡ahora sé! Una chilena en un partido de fútbol cuando el resultado aún no está decidido, la llegada de un niño en una pareja de esposos, un perdón inesperado, un encuentro con los bachilleres, el cielo sobre nuestras cabezas, la ley de gravitación universal que uno descubre cuando se le cae un libro en el meñique o cuando vuela en un avión, la presencia real de Cristo en la eucaristía, la página que tengo que estudiar, una pieza de música, ¡la realidad es algo que no se puede hacer por sí solo, no puede auto-generarse, es dada, es un don! Un encuentro cognoscitivo sucede con esa realidad que llamamos estudio, amigo, sacramento, Triduo... me toca y yo, si lo acojo, me siento edificado. El encuentro tiene un alcance cognoscitivo, ¡pone en marcha toda la dinámica del conocimiento!

Por tanto, retomando el hilo, la dinámica del conocimiento comporta la existencia del yo que conoce, que con su razón se topa y aferra una realidad que entra en el ámbito de su libertad, que com-prende, prende-con, toma consigo. En el caso de que la realidad por conocer sea el destino para el que estamos hechos, ese Infinito que anhelan el corazón de Pavese y el nuestro, ¿qué sucede? ¿Cómo salir de ahí? ¿Quién lo puede aferrar? ¿Cómo puedo aferrarlo? Cuando lo que tengo que aferrar es un micrófono o un helado, es más “fácil”, ¿pero al buen Dios? Esta es la única revolución verdadera de la historia: no eres tú quien debe tender a “alargarse” hacia Él, sino justo al contrario, ¡es Él quien se hace como nosotros, quien entra a formar parte de la experiencia humana haciéndose carne! «No se te dice: “Fatígate buscando el camino para llegar a la verdad y a la vida”; no se te dice esto. ¡Perezoso, levántate! El camino en persona ha venido a ti y, a ti que estabas durmiendo, te ha despertado del sueño, [...] ¡levántate y anda!»¹⁸.

Pues bien, una vez retomada la introducción y aclarado que la razón tiene un potencial cognoscitivo capaz de aferrar las profundidades de la realidad, ahora hay que fijar la mirada en el primer instante en que lo Eterno entró en el tiempo, en el primer momento en que la razón encontró lo divino dentro de un fenómeno humano. «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. [...] El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él [...] Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne »

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ San Agustín, *Comentario al Evangelio de san Juan*, Homilía 34,9.

» y habitó entre nosotros [*Kaì ó λόγος σὰρξ ἐγένετο καὶ ἐσκήνωσεν ἐν ἡμῖν, Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis*]; y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. [...] Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer»¹⁹.

4. La encarnación, el método divino-humano

Esta es la intuición que atravesó el corazón y la mente de un jovencísimo don Gius, con 15 años, en Venegono, cuando estaba en el seminario:

«Para mí todo sucedió como la sorpresa de un “bello día”, cuando un profesor de bachillerato –yo tenía 15 años– leyó y explicó la primera página del evangelio de san Juan. Entonces era obligatorio leer esta página al final de cada misa; por lo tanto, la había oído miles de veces. Pero aconteció el “bello día”: todo es gracia. [...] Después de 40 años [...] he percibido lo que me sucedió cuando aquel profesor explicó la primera página del evangelio de san Juan. “El Verbo de Dios, o bien aquello en lo que todo consiste, se ha hecho carne”, decía, “por esto, la belleza se ha hecho carne, la bondad se ha hecho carne, la justicia se ha hecho carne, el amor, la vida, **la verdad se ha hecho carne**: el ser no está en un más allá platónico, sino que se ha hecho carne, es uno entre nosotros”»²⁰.

Però entonces, ¿qué significa que podemos conocer la verdad? La Virgen María, Pedro, Juan, Andrés, Bartolomé, Judas, Pilato, Zaqueo, Mateo, la hemorroísa, el centurión, el paralítico, el ciego de nacimiento... eran personas –¡igual que nosotros!– que conocieron a Jesús –un hombre como nosotros–, que conocieron la Verdad, la Belleza y la Justicia que era ese hombre, ¡verdadero hombre y verdadero Dios! ¡Espero que leáis una página del Evangelio todos los santos días! Para entender que lo que vivís ahora, el encuentro de Bachilleres de hoy, parte de lo que les pasó a los primeros que Lo conocieron²¹. La dinámica es la misma, ¡una realidad (humana) que desvela otra Realidad (divina)! Cuanto más estaban con Él, cuanto más Lo veían en acción, su razón y su corazón más acusaban el golpe de una realidad exorbitante, un plus, una sobreabundancia humana que rebosaba, que atestiguaba que lo que estaba sucediendo ante sus ojos desbordaba el horizonte humano de la creación, sacaba su consistencia y su origen de otra parte, pescaba en Otra parte, apoyaba sus pies en la tierra pero su origen era el Cielo. Esta dinámica aparece constantemente en el Evangelio con la repetición de una expresión como si fuera un estribillo: «y creyeron en Él», ¡así que el creer va íntimamente ligado a la razón! ¡No es un fideísmo ciego! No es: «me fío ciegamente», sino más bien: «me fío porque veo, ¡porque lo he visto!».

Però intentemos identificarnos por un instante con lo que sucedía ante sus ojos.

Pensemos conmovidos en la Virgen María que, sin haber conocido varón, veía crecer a un niño en Su vientre, que día tras día, poco a poco, un mes tras otro, iba creciendo como la tripa que habréis visto en vuestra madre cuando esperaba a vuestros hermanos pequeños. Siempre que veo a una madre amamantando a su hijo, pienso: «*fíjate, Jesús –¡Dios!– estuvo así, pegado a una mujer así, tan plácida y cándidamente*». Pero la razón, el corazón y la »

¹⁹ Jn 1,1-5.9-10;12-14.16-18.

²⁰ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo*, Bur, Milán 2003, pp. 31-32.

²¹ «Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: “Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es *la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular*; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos”» (cf. Hch 4,8-12).

» inteligencia de María, de la Virgen María –que no conoció varón y permaneció siempre Virgen, antes del parto, durante el parto y después del parto– hasta qué punto estaría conmovida, asombrada y agradecida delante de algo tan real ante Sus ojos; tal vez en algún instante llegó a pensar: ¿pero cómo ha podido ser? Desde pequeña con mi madre Ana y mi padre Joaquín –que vivían en Jerusalén, que después de casarse estuvieron veinte años sin tener hijos y cuando nació me mandaron a la escuela del templo de Jerusalén– no he estado con nadie hasta que conocí a José... ¿pero cómo es posible que esté en estado? ¿Cómo ha podido suceder, si no conozco varón? «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra. [...] Para Dios nada hay imposible. [...] Y el ángel se retiró»²². Su razón se quedó, debió quedarse, como estupefacta, totalmente abierta y dócil ante la iniciativa de la Trinidad, para la que nada es imposible, ni siquiera que lo divino entre en lo humano, a través del “aquí estoy” de una muchacha, igual que se os pide a vosotros, a nosotros nos toca decir: “¡aquí estoy!”. Así fue el día de nuestro bautismo, el Espíritu Santo entró en nosotros, la semilla de la vida divina ya está en nosotros, ¡solo hay que cuidarla!

Después, Juan y Andrés –¡nunca lo repetiremos ni evocaremos lo suficiente!– fueron en ese primer instante, como todos los días, como siempre, al templo, a orillas del río Jordán, para oír hablar a aquel tipo un poco extraño llamado Juan el Bautista que, en un momento dado, mira más allá del grupo de gente que le rodeaba y ve pasar a un hombre. Por un instante, por una fracción de segundo, lo señala y exclama: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»²³, y aquellos dos que estaban allí con los ojos como platos, con el corazón abierto, con la inteligencia dispuesta a captar los signos de la realidad, que esperaban aferrar una respuesta exhaustiva a su propia vida, se fijan en la dirección hacia la que apunta su dedo y se ponen a seguir a aquel hombre y Él llega un momento en que se da cuenta, oye el ruido de sus pasos o sus murmullos, el caso es que nota su presencia y de pronto se gira. Ellos aún no sabían que tenían delante al Dios-hecho-carne, delante de Sus ojos... ¡¿y cómo les miraría?! El Salmo 139 nos da una pista, nos ofrece una imagen de cómo el buen Dios te está mirando ahora, cómo miró en ese instante a aquellos dos: «Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. No ha llegado la palabra a mi lengua, y ya, Señor, te la sabes toda. [...] Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. [...] No desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mi ser aún informe»²⁴. Les miraba traspasándolos, se sentían traspasados, atravesados, sondeados, comprendidos como nadie los había comprendido antes, con una mirada que les penetraba hasta el tuétano, que les dejaba imantados. ¡Dos ojos humanos con una mirada divina! Con Su mirada, tan sencillamente humana y al mismo tiempo divina, les dejó desarmados al preguntarles: «¿Qué buscáis?». ¿Os dais cuenta de lo “humano” que es Dios, de su ternura? Entonces ellos le responden según la costumbre de la época: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?»²⁵, como diciendo: «¿Cómo podríamos verte? Nos gustaría, queremos estar contigo, no queremos causarte demasiadas molestias, pero si pudieras decirnos dónde vives podríamos quedar»... Con toda la fuerza de Su sencillez (¡el cristianismo es tan sencillo como una invitación!), Jesús les dice: «Venid y veréis», ven, así es, y verás, y *podrás verlo, por fin verás*, ¡como decía el cardenal Ratzinger! «Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; »

²² Lc 1,35.37.38b.

²³ Jn 1,29.

²⁴ Sal 139 (138),1-4.13.15-16.

²⁵ Jn 1,38.

» era como la hora décima»²⁶. Querían verlo y Lo siguieron, pero aquel encuentro, dentro de aquel diálogo, grabado en su corazón, conservado en su memoria y escrito muchos años después en el Evangelio por quien lo vivió, estaba totalmente cargado del pre-sentimiento de lo verdadero, contenía toda su espera de la verdad (igual que vosotros al decidir venir aquí: «Siento que en Rímini me espera algo bueno, verdadero, hermoso, apetecible») y era como la intuición de que ese Rostro era la “realidad más real” que había visto nunca. Fijaos, os leo una carta muy sencilla de un chico de 14 años que acaba de conocernos:

Tengo 14 años y, aunque llevo poco tiempo en Bachilleres, ya me siento tan querido como si conociera a los del grupo de toda la vida. Después de una cena charlando, compartiendo nuestras preocupaciones y alegrías, me surgía una pregunta: ¿qué es lo que me llama tanto todos los días para ir allí donde están mis amigos del grupo para estudiar y charlar juntos? Todavía no me he dado una respuesta completa, pero estoy seguro de que es algo inmenso y maravilloso.

Juan y Andrés, en aquel encuentro tan ordinario y extraordinario a la vez, cuando se encontraron delante de aquel Rostro, se reconocieron ya queridos, esperados, deseados, conocidos, por eso hizo falta muy poco, una fracción de segundo, para que dentro de su corazón, dentro de su razón, surgiera esta pregunta: ¿pero por qué este Hombre me atrae tanto? ¿Por qué estos amigos me atraen tanto? ¿Por qué este Maestro me está atrayendo tanto, hasta el punto de pedirle su dirección, de preguntarle dónde vive, cuándo puedo volver a verlo? Igual que este chaval, Juan y Andrés tampoco habían formulado aún en su cabeza toda la “teología”, toda una respuesta completa, pero conservaban en su corazón una certeza: aquí dentro, dentro de esta relación, dentro de este Rostro, hay una promesa fiable, la promesa de algo inmenso y maravilloso. Lo grabaron todo en su corazón y en su cerebro, y luego corrieron a buscar a sus amigos pescadores, a Pedro y los demás, y su razón, mientras se lo contaban a sus amigos, saboreaba y expresaba un juicio cada vez mayor de correspondencia entre lo que habían visto y ellos mismos, entre sus exigencias de bien y las evidencias de su razón, y esa realidad que habían encontrado ante sus ojos, que había entrado en la trayectoria de su experiencia: «Hemos encontrado al Mesías»²⁷, como si este bachiller, en clase o en el vestuario del fútbol, le dijera a un compañero: «He conocido a estos amigos, ¡tú también puedes conocerlos!». Como si Juan y Andrés, en su corazón, hubieran dicho: «Si el pueblo de Israel espera a Alguien, debe ser este, este Jesús que acabamos de encontrar. ¡Él debe ser el Mesías tan esperado!». Un bien como este no lo hemos visto en ninguna parte, una mirada tan verdadera no la habíamos encontrado nunca. Los verbos que utiliza el Evangelio de san Juan son verbos muy comunes: «Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?”. Él les dijo: “Venid y veréis”. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima»²⁸. ¿Veis cómo la Verdad se ha hecho y se hace presente, cómo ha entrado en la órbita de nuestra libertad, dejándose Ella conocer y aferrar, en el espacio y en el tiempo, desafiando a todos? Usa verbos cotidianos: me encontré a Fulano, cené con Mengano, participé en la asamblea con Zutano, en clase mi profesor o profesora X me han dicho, en el testimonio han contado, he leído tal libro, me han invitado al Triduo... dos mil años después, ¡el método de la encarnación no cambia, lo divino a través de una realidad humana! La dinámica del conocimiento, desde este punto de vista, ¡no cambia! Nos topamos con »

²⁶ Jn 1,39.

²⁷ Jn 1,41.

²⁸ Jn 1, 35-39.

» una realidad humana que dice otra cosa de sí misma: «Tienes un encuentro y descubres que tiene en ti una influencia profunda, indefinida. Cualquiera puede tener la experiencia de lo que significa acaso un encuentro desde el punto de vista del espíritu. [...] Me encuentro en presencia de un misterio, es decir, de una realidad cuyas raíces se hunden más allá de lo problemático, literalmente hablando. [...] Ya no me puedo quedar realmente fuera o delante de él. [...] Estoy implicado, comprometido con ese encuentro, en cierto modo formo parte de él: él me comprende, aunque yo aún no lo comprenda»²⁹. «Los encuentros han tenido una función capital en mi vida. He conocido personas que me hacían sentir tan viva la realidad de Cristo que no podía dudarlos»³⁰.

5. La fe, método de conocimiento de la razón

¡Una dinámica profundamente racional con la que el hombre se adhiere, poco a poco, a lo que la realidad desvela hasta llegar al Tú! Hay que entender de una vez por todas que la fe católica no exige renunciar o abdicar del ejercicio y el uso de la razón, sino que por el contrario lo exige, *fides quaerens intellectum*³¹, la fe florece en el terreno de la razón³² (el camino del conocimiento científico, en efecto, se disparó con los científicos cristianos, la universidad nació con el cristianismo, el nacimiento de Europa vivió un momento decisivo con el monaquismo), la fe es un método de conocimiento de la razón, se llama *conocimiento por fe* (se basa en la certeza moral, que es una certeza, aunque distinta de la científica) y nuestro intelecto se ve mucho más involucrado, la fe implica a todo nuestro yo, que se ve empujado a abrirse de par en par más allá de sus propios límites, adhiriéndose y reconociendo todo lo que la realidad dice de Sí, es decir, que «la realidad es Cristo», ¡Dios se revela dentro de la realidad! Pero un uso de la razón encogido, reducido, debilitado, «la razón positivista, que se presenta de modo exclusivo y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas, en los que logramos el clima y la luz por nosotros mismos, sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios»³³. Sin embargo, podemos seguir subsistiendo porque sufrimos una especie de “sumisión psicológica”, porque el creer parece algo etéreo, brumoso, vaporoso, indeterminado, irracional en último término pero, perdonadme, ¿usa más la razón, desarrolla más su naturaleza quien tiene ardor por conocer y reconocer la realidad en la totalidad de sus factores o quien abandona el campo, cerrando la partida de antemano, excluyendo tal posibilidad o »

²⁹ G. Marcel, *Position et approches concrètes du mystère ontologique*, Nauwelaerts 1967, pp. 60-61.

³⁰ G. Marcel, citado en R. Latourelle, «Le témoignage chrétien», *Bulletin de Liason du Centre Pedro Arrupe*, vol X, n. 4, diciembre 2005, p. 16.

³¹ «Se confirma una vez más la armonía fundamental del conocimiento filosófico y el de la fe: la fe requiere que su objeto sea comprendido con la ayuda de la razón; la razón, en el culmen de su búsqueda, admite como necesario lo que la fe le presenta» (Juan Pablo II, Carta Encíclica *Fides et Ratio sobre las relaciones entre fe y razón*, 14 de septiembre de 1998, 42).

³² «El cientismo y el positivismo se rehúsan a “admitir como válidas las formas de conocimiento diversas de las propias de las ciencias positivas”. La Iglesia propone otro camino, que exige una síntesis entre un uso responsable de las metodologías propias de las ciencias empíricas y otros saberes como la filosofía, la teología, y la misma fe, que eleva al ser humano hasta el misterio que trasciende la naturaleza y la inteligencia humana. La fe no le tiene miedo a la razón; al contrario, la busca y confía en ella, porque “la luz de la razón y la de la fe provienen ambas de Dios”, y no pueden contradecirse entre sí. [...] Cuando el desarrollo de las ciencias, manteniéndose con rigor académico en el campo de su objeto específico, vuelve evidente una determinada conclusión que la razón no puede negar, la fe no la contradice. Los creyentes tampoco pueden pretender que una opinión científica que les agrada, y que ni siquiera ha sido suficientemente comprobada, adquiera el peso de un dogma de fe. Pero, en ocasiones, algunos científicos van más allá del objeto formal de su disciplina y se extralimitan con afirmaciones o conclusiones que exceden el campo de la propia ciencia. En ese caso, no es la razón lo que se propone, sino una determinada ideología que cierra el camino a un diálogo auténtico, pacífico y fructífero» (Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nn. 242-243).

³³ Benedicto XVI, *Discurso en el Parlamento Federal de Berlín*, 22 de septiembre de 2011.

» declarándola imposible? ¿Quien se aventura más allá de las columnas de Hércules o quien renuncia a la posibilidad de cruzarlas?! Me ha llamado mucho la atención oír a algunos por teléfono: «¿Pero has invitado a algún compañero de clase, has invitado a tus amigos de danza o a tus compañeros del fútbol, les has propuesto venir al Triduo?». «No, mire, don Fabio, ellos no son religiosos... no son de Iglesia»... ¡pero la razón es la misma, el corazón es el mismo, esperan encontrarse con Jesús! No se puede reducir a Jesús a un *hobby* que unos practican y otros no. La diferencia, por tanto, está en la forma de concebir la razón y en no censurar las preguntas del corazón. ¡Que os cuenten los mayores el cruce de comentarios entre don Gius y el profesor de filosofía en un cambio de clase en el Liceo Berchet, a propósito del concepto de razón!

Juan y Andrés, y los demás discípulos, tenían delante a un hombre concreto, visible, encontrable, ¡y que testimoniaba Otra cosa distinta! Y los que llegaron después, los futuros fieles, ¿a quién conocieron, solo a san Pedro? No, a través de él conocieron a Jesús. ¿Y los que conocieron a san Francisco de Asís? ¡A través de él, a Jesús! ¡Y los que conocieron a la Madre Teresa, lo mismo! ¿Y nosotros? ¡¡Igual!! Esta tarde escucharéis en versión reducida esta frase de san Juan Pablo II que don Gius quiso incluir en el cuaderno del *Via Crucis* del Triduo y que nos ayuda a entender la dinámica del conocimiento y del encuentro con el hecho cristiano hoy: «Conviene decir también algunas palabras sobre santo Tomás. El evangelio de san Juan que leímos hoy nos habla de santo Tomás, una figura enigmática, porque todos vieron a Jesús resucitado, menos él, que dijo: si no veo, no creo; si no toco, no creo. Conocemos muy bien a esta clase de personas; entre ellas también hay jóvenes. Son empíricos, fascinados por las ciencias en el sentido estricto de la palabra, ciencias naturales y experimentales. Los conocemos; son muchos, y son de alabar porque este querer tocar, este querer ver indica la seriedad con que se afronta la realidad, el conocimiento de la realidad. Y, si en alguna ocasión Jesús se les aparece y les muestra sus heridas, sus manos, su costado, están dispuestos a decir: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20, 28). Creo que muchos de vuestros amigos, de vuestros coetáneos, tienen esa mentalidad empírica, científica; pero, si en alguna ocasión pudieran tocar a Jesús de cerca, ver su rostro, tocar el rostro de Cristo, si alguna vez pudieran tocar a Jesús, si lo ven en vosotros, dirán: “¡Señor mío y Dios mío!”»³⁴. Dentro de la realidad humana que tú eres, ¡¡Su presencia divina!! ¡Qué responsabilidad nos confía el buen Dios! «Yo estoy con vosotros todos los días», nos dijo³⁵.

Hay una expresión citada en el evangelio de los discípulos de Emaús que, pensando en el encuentro que han tenido con el Señor Resucitado, exclaman: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?»³⁶. El corazón, que en la Biblia es el centro sintético del hombre entero (de la razón, de la voluntad y del afecto) registra una correspondencia, algo que –de *respondeo*– responde, que está a la altura de las preguntas de nuestro corazón, de las *exigencias* y *evidencias* de nuestro corazón, dice don Gius. Dicha correspondencia, cuando sucede, es un hecho excepcional, hasta tal punto que cuando sucede, uno se da cuenta: «¡Cómo trata Jesús a los niños, me corresponde! ¡Cómo trata a las mujeres, me corresponde! ¡Cómo trata a la gente con la que se encuentra, me corresponde! ¡Quiero estar con mis amigos como Él estaba con ellos!». En los discípulos, que un día tras otro veían cómo Él amaba, rezaba, curaba, en la razón de los discípulos se iba abriendo paso, en su inteligencia y en su corazón, la pregunta: «¿Pero quién es este? ¿Quién es este que hasta el viento y el mar le obedecen? ¿Quién es este que expulsa demonios? ¿Quién es este que levanta al paralítico? ¿Quién es este que devuelve la vista a un ciego de nacimiento? ¿Pero quién es este?»³⁷... y »

³⁴ Juan Pablo II, *Discurso a los jóvenes de la Diócesis de Roma*, 24 de marzo de 1994, 6.

³⁵ Mt 28,20.

³⁶ Lc 24,32.

³⁷ Cf. Mc 4,41.

» esta tarde también nosotros Lo contemplaremos con nuestra razón y con el afecto de nuestro corazón, acrecentando nuestra fe, preguntándonos: «¿pero Quién es este que, injustamente, se deja crucificar?, ¿pero quién eres Tú que, por amor, siendo el Hijo de Dios, cargas con nuestro pecado y te dejas clavar en el leño de la cruz?». Podríamos seguir ininterrumpidamente poniendo en marcha la razón, preguntándonos: ¿pero cómo es posible que este adulto que tengo al lado, con familia e hijos, me haya acompañado al Triduo? ¿Cómo es que este profesor o profesora, que es *Memor*, puede vivir la virginidad durante toda su vida, sin mujer, sin marido, poniendo en común su salario, renunciando al dinero? ¿Qué Vida sostiene su vida? Cuanto más estaban con Él, más cuenta se daban de que estaban entrando, se estaban adentrando en la vida real, ¡porque Él era el Camino, la Verdad y la Vida!

Con los cantos que escuchamos ahora repasamos los pasos que hemos dado hasta aquí. Juan y Andrés (y nosotros con ellos) se vieron reconocidos por Jesús, mirados por Él como nadie les había mirado nunca (“Me has estallado dentro del corazón”). Antes vivían como si fueran ciegos, pero tras la Gracia sorprendente del encuentro con Cristo empezaron a ver la profundidad de lo real, de hecho Él les dijo: ¡«Venid y veréis» (*Amazing Grace*)!³⁸ ¡Veréis el inicio de Otro mundo en este mundo! Ya no veréis en “dos dimensiones”, sino la profundidad, el origen, el Tú que está al fondo, al principio y en el cumplimiento del género humano, centro del cosmos y de la historia, al que podemos decir Tú (*You*), ¡igual que un amigo a otro Amigo³⁹!

Segundo tiempo

¿Estáis cansados? ¡Un poco! Ahora nos adentraremos en el otro polo de la frase «la verdad os hará libres»⁴⁰. Pero antes de describir esta dinámica, es bueno precisar qué significa que nosotros hemos encontrado la verdad, que la poseemos. Decía el papa Benedicto XVI: «Nadie puede decir “tengo la verdad” –esta es la objeción que se plantea– y, efectivamente, nadie puede tener la verdad [**las realidades superiores son las que “engloban” a las inferiores, la Verdad es quien toma posesión de nosotros, ¡no somos nosotros los que la poseemos!**]. Es la verdad la que nos posee, es algo vivo. Nosotros no la poseemos, sino que somos aferrados por ella. Solo permanecemos en ella si nos dejamos guiar y mover por ella; solo está en nosotros y para nosotros si somos, con ella y en ella, peregrinos de la verdad. Creo que debemos aprender de nuevo que “no tenemos la verdad”. Del mismo modo que nadie puede decir “tengo hijos”, pues no son una posesión nuestra, sino que son un don, y nos han sido dados por Dios para una misión, de modo que no podemos decir “tengo la verdad”, sino que la verdad ha venido hacia nosotros y nos impulsa. Debemos aprender a dejarnos llevar por ella, a dejarnos conducir por ella. Entonces brillará de nuevo: si ella misma nos conduce y nos penetra»⁴¹. ¿Pero cuándo nos ha poseído de esta manera? El día de vuestro bautismo. Hace 15 o 16 años, esto es lo que os sucedió: «“Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). Vivo, pero ya no soy yo. El yo mismo, la identidad esencial del hombre –de este hombre, Pablo– ha cambiado. Él toda- »

³⁸ Jn 1,39.

³⁹ «Como decía, hablar con Jesús como un amigo habla a otro amigo. Es una gracia que debemos pedir los unos por los otros: ver a Jesús como nuestro amigo, nuestro amigo más grande, nuestro amigo fiel, que no chantajea, sobre todo que no nos abandona nunca, tampoco cuando nos alejamos de Él. Él permanece en la puerta del corazón. “No, yo de ti no quiero saber nada”, decimos nosotros. Y Él se queda callado, se queda ahí cerca, cerca del corazón porque Él siempre es fiel» (Francisco, *Audiencia General*, 28 de septiembre de 2022).

⁴⁰ Jn 8,32.

⁴¹ Benedicto XVI, *Homilía*, 2 de septiembre de 2012.

» vía existe y ya no existe. Ha atravesado un “no” y sigue encontrándose en este “no”: Yo, pero ya “no” yo. [...] Esta frase es la expresión de lo que ha ocurrido en el Bautismo. Se me quita el propio yo y es insertado en un nuevo sujeto más grande»⁴². La naturaleza divina se ha mezclado ya con nuestra naturaleza humana, esta dinámica ya ha acontecido en cada bautizado: el Espíritu Santo ha entrado en vosotros, la Verdad nos ha poseído, pero la llevamos dentro –perdonad la comparación– como “un bote cerrado” que conservamos sin abrir o que hemos olvidado en la despensa. ¡Sin mendigarlo, sin percibirlo como la Vida de nuestra vida, sin pedirle que tome todo nuestro ser! ¿Qué quiere decir que la Verdad nos posee, en el sentido existencial? Escuchad cómo describía el papa Francisco el cambio de vida de san Pablo. Fijaos, san Pablo se encontraba en nuestra misma situación: no conoció a Jesús como Pedro o los demás apóstoles que vivieron tres años con Él, sino que Lo conoció a través de Esteban protomártir, luego en su propio diálogo personal con Él, y después en su relación con san Pedro, con el que también se peleaba un poco, de modo que conoció a Jesús a través de Su cuerpo, que es la Iglesia. «En el caso de Pablo, lo que le ha cambiado no es una simple idea o una convicción: ha sido el encuentro con el Señor resucitado –no olvidéis esto, lo que cambia una vida es el encuentro con el Señor–, para Saulo ha sido el encuentro con el Señor resucitado lo que ha transformado todo su ser. La humanidad de Pablo, su pasión por Dios y su gloria no es aniquilada, sino transformada, “convertida” por el Espíritu Santo. El único que puede cambiar nuestros corazones es el Espíritu Santo. Y así para cada aspecto de su vida. Precisamente como sucede en la Eucaristía: el pan y el vino no desaparecen, sino que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El celo de Pablo permanece, pero se convierte en celo de Cristo. Cambia el sentido, pero el celo es el mismo. Al Señor se le sirve con nuestra humanidad, con nuestras prerrogativas y nuestras características, pero lo que cambia todo no es una idea, sino la vida auténtica, como dice el mismo Pablo: “El que está en Cristo, es una nueva creación: pasó lo viejo, todo es nuevo” (2 Cor 5,17). El encuentro con Jesús te cambia desde dentro, te hace otra persona. Si uno está en Cristo es una nueva criatura, este es el sentido de ser una nueva criatura. Convertirse en cristiano no es un maquillaje que te cambia la cara, ¡no! Si tú eres cristiano te cambia el corazón, pero si tú eres cristiano de apariencia, esto no va bien... ser cristianos de maquillaje no está bien. El verdadero cambio es del corazón. Y esto le sucedió a Pablo»⁴³.

¿Qué le pasó a san Pablo al encontrarse con el Señor Resucitado? ¿Cómo fue liberado? Y para nosotros, ¿qué significa entonces vivir con una libertad así? Hará falta toda una vida juntos para descubrirlo, pero mientras tanto, ahora, ¡veamos!

Hay muchas declinaciones de esta liberación, pero no podemos describirlas todas. Podríamos detenernos en el hecho de liberarnos del juicio de los demás, que nos atrapa y nos bloquea; o liberarnos de las modas de ropa, de música o de series; libres del miedo: id a conocer la vida del beato juez Rosario Livatino, hubo una exposición preciosa en el Meeting el año pasado⁴⁴; libres de nuestros enemigos: leed la vida del padre Pino Puglisi o la película sobre él, también fue asesinado por la mafia, era libre del poder mafioso de turno, tanto que no odiaba a nadie, ni siquiera a sus verdugos; libres de usar el tiempo gratuitamente: ya lo experimentáis en la caritativa. Libres del éxito, hoy académico y mañana laboral: con un gusto y una pasión por conocer, por construir, por descubrir los nexos de la realidad, más que por contentar a alguien o por alcanzar un resultado efímero, ¡es mucho más fascinante descubrir la relación entre el particular y el Todo! Libres del instinto y del sentimentalismo »

⁴² Benedicto XVI, *Homilía de la Vigilia Pascual*, 15 de abril de 2006.

⁴³ Francisco, *Audiencia general*, 29 de marzo de 2023.

⁴⁴ Cf., *Sub Tutela Dei. Il giudice Rosario Livatino*, a cargo de G. Facciolo, M. Filippi, R. Masotto, S. Taormina, C. Torti, C. Tremolada, P. Tosoni, Itaca, Castel Bolognese-Bo 2022.

» con que tratamos nuestras relaciones de amistad y afectivas: para que la relación sea como un lavarse los pies el uno a la otra en vez de un consumirse llevados por la pretensión o el instinto... pedidle a los mayores que os cuenten dos perlas de la vida de don Gius sobre una pareja que se encuentra por la calle y también el “episodio” en el que va con un grupo de amigos que se ponen a bailar delante de él.

Pero la primera “liberación” es la que nos hace libres de nuestras imágenes de Dios. La revelación cristiana «realiza una crítica religiosa a las religiones», decían mis profesores del seminario. Muchos de nuestros abuelos crecieron con las historias que les contaban sus padres de la “supuesta” tía que emigró a América y vivía allí: en aquella época no había tantas fotos, la comunicación era complicada, así que quién sabe cómo era en realidad la famosa tía americana. Sus sobrinos, que oían hablar de ella continuamente, jugarían intentando imaginarla y describirla: «yo la veo así de alta, pues yo regordeta, para mí que es delgada, yo creo que tiene los ojos verdes, yo me la imagino morena»... cada uno de una manera hasta que por fin, en Navidad, la tía hace el largo viaje desde América y se presenta en casa en persona, y todos esos intentos, míos y de mis primos y hermanos, de describirla se ven llevados a una corrección, a una conversión, a ceder el paso a cómo la tía es realmente («¡encantada, así soy! Dejad de imaginarme»), desmontando todas nuestras imágenes⁴⁵. Yo pensaba que Dios estaba en lo alto del Cielo, pero se ha hecho Niño y Su cuerpo es la Iglesia; creía que era un “gran titiritero”, un “cineasta” que ya había escrito todo el guion de mi vida, donde yo solo tenía que recitar la parte asignada, pero Dios ya está en ti⁴⁶ y es “co-protagonista” de la historia que escribís en comunión, respondiendo a vuestra vocación; yo creía que fue el Padre quien envió al Hijo a la cruz, pero el Padre estaba con Él, sosteniéndolo durante la prueba, era justamente la Comunión con el Padre y con el Espíritu Santo lo que sostuvo al Hijo en la cruz y en su descenso a los infiernos. Yo lo había reducido a un conjunto de reglas que había que cumplir, pero Él ha venido para ser colaborador de mi Alegría, ¡para que sea plena! Yo creía que era como un gran seguro de vida, pero se ha hecho compañero de camino y lleva conmigo la cruz. ¡Purifica las imágenes que tenemos de Él presentándose tal como es!

Pero me gustaría detenerme un poco más, debido al Triduo y a lo que viviremos esta tarde, en el hecho de liberarnos del pecado y de las consecuencias del pecado, es decir, de la muerte. Cuando uno se da cuenta de esto, se da cuenta, conmovido, de la obra realizada por la Trinidad, construye ahí la certeza de su vida. Yo solo (como vimos la primera noche), ¿cómo voy a librarme del pecado y de sus consecuencias, es decir, de mi condición mortal? Yo, que soy una criatura limitada, finita, ¿cómo voy a durar para siempre? ¿Acaso voy a darme la infinitud yo solo? «¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?»⁴⁷. Si soy débil, si pecco, ¿cómo voy a salir yo solo de mis pantanos? Repasemos el catecismo de cuando estábamos en cuarto: Dios es vida. La vida consiste en la comunión »

⁴⁵ «El Dios de los filósofos es muy distinto de lo que se habían imaginado, aun sin dejar de ser lo que ellos afirmaban. Es verdad que solo se le conoce cuando se comprende que él, auténtica verdad y fundamento de todo ser, es también e inseparablemente el Dios de la fe, el Dios de los hombres» (J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2001, p. 122).

⁴⁶ «A esta nueva experiencia de Dios le sigue finalmente la experiencia del espíritu, la de la presencia de Dios en nosotros, en nuestro ser íntimo. Y también llegamos a la conclusión de que este “espíritu” no se identifica ni con el Padre ni con el Hijo, pero tampoco es un tercero entre Dios y nosotros, sino el modo en que Dios se nos da, en el que penetra en nosotros, de tal manera que está en el hombre y en su ser íntimo, pero también infinitamente por encima de él» (*Ibidem*, p. 140).

⁴⁷ Mt 6,26-27.

» del hombre con Dios. ¿Qué es el pecado mortal? La ruptura de la comunión con Dios⁴⁸. Por tanto, quien peca mortalmente, rompiendo la relación y separándose de Dios que es la Vida, se halla ya en una situación mortal, padece ya las consecuencias del pecado. «Dios creó al hombre incorruptible y lo hizo a imagen de su propio ser; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los de su bando»⁴⁹. En efecto, el diablo, envidioso de Dios y del Amor por Sus criaturas, busca por todos los medios separarnos de Él, alejarnos de Él, animarnos a romper la relación con él. Por tanto, los que ceden al cometer un pecado mortal, experimentan ya la muerte porque se separan de la Vida que es Dios. Así podemos ver que todo se invierte: podemos estar vivos biológicamente pero estar “ya muertos”, y otros pueden estar difuntos biológicamente pero, en cambio, llenos de vida porque están en comunión con Dios (los santos, nuestros familiares que ya están en la Iglesia celestial). Para vencer el pecado y la muerte, ¿qué quiso hacer nuestro Señor Jesucristo? ¡Mucha atención! Cristo, que es Dios y no conoce el pecado, tomó nuestros pecados sobre sus hombros, ¡cargó con nuestro pecado para librarnos a nosotros, a mí! Es como si yo tuviera una enfermedad y mi padre dijera: «te la quito y la cargo sobre mí, sufro yo sus consecuencias», clavando nuestro pecado al leño de la cruz⁵⁰ y sufriendo las consecuencias del pecado, es decir la muerte, para descender a los infiernos, derrotar a la muerte en su propio terreno⁵¹ ¡y luego resucitar! El diablo ya “saboreaba” Su derrota tras aniquilarlo en la cruz y sepultarlo en el reino de los muertos... sin embargo, ¡mañana veremos el poder del Resucitado!⁵² Y aquí seguimos, »

⁴⁸ Cf. «El pecado mortal es una posibilidad radical de la libertad humana como lo es también el amor. Entraña la pérdida de la caridad y la privación de la gracia santificante, es decir, del estado de gracia. Si no es rescatado por el arrepentimiento y el perdón de Dios, causa la exclusión del Reino de Cristo y la muerte eterna del infierno; de modo que nuestra libertad tiene poder de hacer elecciones para siempre, sin retorno. Sin embargo, aunque podamos juzgar que un acto es en sí una falta grave, el juicio sobre las personas debemos confiarlo a la justicia y a la misericordia de Dios» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1861). «Para que un pecado sea mortal se requieren tres condiciones: “Es pecado mortal lo que tiene como objeto una materia grave y que, además, es cometido con pleno conocimiento y deliberado consentimiento”» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1857).

⁴⁹ Sab 2,24.

⁵⁰ Cf. «En consecuencia, san Pedro pudo formular así la fe apostólica en el designio divino de salvación: “Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres [...] con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros” (1Pe 1, 18-20). Los pecados de los hombres, consecuencia del pecado original, están sancionados con la muerte. Al enviar a su propio Hijo en la condición de esclavo, la de una humanidad caída y destinada a la muerte a causa del pecado, “a quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2Cor 5,21) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 602). «Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado. Pero, en el amor redentor que le unía siempre al Padre, nos asumió desde el alejamiento con relación a Dios por nuestro pecado hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34). Al haberle hecho así solidario con nosotros, pecadores, “Dios no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (Rom 8, 32) para que fuéramos “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom 5,10)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 603).

⁵¹ «Por tanto, lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos» (Heb 2,14).

⁵² Cf. «El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación. Es la última fase de la misión mesiánica de Jesús, fase condensada en el tiempo pero inmensamente amplia en su significado real de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares porque todos los que se salvan se hacen partícipes de la Redención» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 634). «Cristo, por tanto, bajó a la profundidad de la muerte para “que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan” (Jn 5, 25). Jesús, “el Príncipe de la vida” aniquiló “mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (Heb 2, 14-15). En adelante, Cristo resucitado “tiene las llaves de la muerte y del Infierno” (Ap 1, 18) y “al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos” (Fil 2,10). “Va a buscar a nuestro primer Padre como si este fuera la oveja perdida. Quiere visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte. [...] Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos”» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 635).

» 2023 años después, ¡¡hijos de Su resurrección!! Esa victoria sobre el pecado y sobre la muerte ha generado en este mundo una historia de Otro mundo, una compañía no solo con los 3.600 aquí presentes, sino con todos los santos, con la Iglesia celestial: en mi despacho o en mi habitación podéis encontrar multitud de imágenes y estampitas, no porque sea muy devoto o porque tenga un anticuario, sino porque son los rostros de personas vivas en Cristo, para contemplarlas y sacar fuerza de su comunión, como amigos y compañeros en un camino que ellos ya han recorrido: san Ricardo Pampuri, santa Rita, san Juan Pablo II, san Agustín, santo Tomás, san Juan Apóstol, el beato Rolando Rivi, el padre Pino Puglisi, santa Agata, san Homobono, los mártires de la persecución en Albania, Bosnia Herzegovina y Rumanía, san José Moscati, un santo médico que viene al pelo para este Triduo porque decía: «Ama la verdad, muéstrate tal como eres, sin fingimientos, sin miedos ni reparos. Y si la verdad te cuesta la persecución, acéptala; si te causa tormento, sopórtalo. Si por la verdad tuvieras que sacrificar tu propia vida, sé fuerte en el sacrificio»⁵³. ¿Cómo afrontaría Jesús esa circunstancia? ¿Cómo la afrontó santa Gianna Beretta Molla? ¿Cómo vivió Moscati su trabajo? ¿Cómo vivieron la paternidad y la maternidad los padres de santa Teresita de Lisieux? A don Gius le gustaba repetir: «Buscad cada día el rostro de los santos y hallad consuelo en sus palabras»⁵⁴. «En los santos que hay en la tierra, varones insignes, pongo toda mi complacencia» (Salmo 15). «El hombre feliz, el hombre de verdad, no es el divo sino el santo»⁵⁵. ¡Cuántos santos hay entre nuestros amigos, ayudémonos a descubrirlos! El divo se aburre saciado en su propia fama (¡cuando lo consigue!), el santo vive sorprendido, alegre y agradecido por ser, sin merecerlo, instrumento de salvación para otros. «No soy más que un pequeño lápiz en manos de Dios. Él es quien escribe. Él es quien piensa. Él es quien decide. Insisto: solo soy un pequeño lápiz», decía la santa Madre Teresa de Calcuta. Vemos, pues, que esta historia de comunión con la verdad y de liberación, historia que continúa, como este encuentro, nos introduce en una Comunión que es al mismo tiempo temporal y suprahistórica. A través de la Comunión, la Liberación.

Escuchemos ahora qué le sucede a alguien que experimenta este encuentro y este conocimiento de Cristo que nos libera del pecado y de sus consecuencias, es decir, de la muerte y del miedo a morir, gracias al testimonio de una chica que nos habla de la enfermedad y subida al Cielo de su madre:

En este último mes han sucedido infinitos milagros que me han llevado a la certeza de ser de Otro, a la certeza de que mi vida y mi corazón son contruidos, creados, movidos y queridos por Dios. El mayor milagro que me ha llenado de esta certeza ha sido la muerte de mi madre. Llevaba varios años sufriendo una enfermedad autoinmune en el hígado y desde hacía un año estaba esperando un trasplante. A principios de año tuvo un primer trasplante que fracasó y luego otro que al principio funcionó pero que al final le provocó unas complicaciones de las que no se pudo recuperar y finalmente ha abrazado a Cristo. En estos días de pasión, Él siempre ha estado claramente presente. Empezando por el día del primer trasplante. Al saber que no había salido bien, nada más volver a clase sentí la necesidad de salir corriendo a la iglesia y allí desesperarme y gritar todo el mal que me pesaba en el corazón: quería a mi madre viva, o al menos no quería conformarme con el hecho de que me dejara sola. Y mi petición ha sido escuchada, nunca he estado sola. Esa misma tarde varios amigos de Rímìni vinieron a casa, por la noche se conectaron 300 personas al rezo del rosario y con el paso de los días se fue consolidando entre nosotros una compañía, viva y verdadera, que me ha impedido negar la existencia de Dios. Dios se ha hecho carne para »

⁵³ Nota escrita por Giuseppe Moscati el 17 de octubre de 1922.

⁵⁴ *Didaché* IV, 2.

⁵⁵ Cf. capítulo 2 de L. Giussani, *La conciencia religiosa el hombre moderno*, en L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, pp. 99-106.

» *mi en esos rostros. Cuando mi madre llevaba tres días sedada, la despertaron y después de informarle de cuál era su situación, sucedió el segundo gran milagro, recordó que era de Otro y puso su vida en Sus manos. En un audio decía: ya viva o muera, soy Suya, soy de Cristo. “Acepto hacer Su voluntad, que no es nada fácil, pero Él subió a la cruz por mí y esto me lo puedo permitir. Esta es la certeza granítica de mi vida”. Esos días, que deberían ser los más dolorosos de mi vida, han sido en realidad los más hermosos, porque sabía que estaba en manos de Alguien que sabe lo que hace y que, pasara lo que pasara, acabaría venciendo al mal y abrazando mi grito como el primer día. Cuando mi madre murió todo se aclaró aún más. Con toda mi desesperación humana, me sentía llamada, y no podía evitar sonreír ni sentirme agradecida, no podía evitar amar mi vida, incluso con su muerte. Pero quiero dejar claro que esta certeza no es de una vez para siempre porque nada más volver a mi vida cotidiana, a las clases y a mis nuevas obligaciones, volví a caer presa de la rabia y la tristeza. En tres segundos cargué todo el peso de mi destino sobre mis hombros e intenté apañármelas sola. Pero mi corazón gritaba y Él volvió a responder, volvió a recordarme que no tengo nada en mis manos, volvió a salvarme a través de lo único que yo no puedo preparar, un encuentro inesperado. Tengo hambre de Cristo, de la plenitud que solo Él puede darme, y esa hambre está siempre, en cada instante de mi existencia, sive vivo, sive morior. Esta certeza no se puede comparar ni sustituir por nada en el mundo, ni siquiera mi madre, y deseo tenerla siempre.*

Creo que no hay mucho que añadir. Cristo, una vez encontrado, una vez conocido porque está presente en la realidad de su Pueblo y en su Cuerpo que es la Iglesia, por medio del bautismo, nos libra del pecado, de la muerte, del miedo, ya en esta vida, ahora, nos hace partícipes de su Resurrección.

Esta tarde, por tanto, abrid de par en par los ojos y el corazón, dilatad vuestra libertad, porque en el *Via Crucis* contemplaremos toda la dinámica que hemos descrito hasta aquí, toda su obra de salvación: Su encarnación en la historia del pueblo de Israel, Su pasión, Su crucifixión y Su descenso a los infiernos. Os recuerdo la importancia del silencio, sobre todo en el camino entre una estación y otra, custodiadlo cuando el Espíritu Santo mueva vuestro corazón, provocado por la escucha de los cantos, las lecturas y las meditaciones.

¡Gracias de corazón por vuestra atención!